

Me sentí contagiado por la tristeza de los diarios de Sontag. Todas esas dudas, esa ansiedad, es difícil que no te acaben afectando

Con su hijo, David, sí que habló mucho.

Sí, nos comunicábamos cada dos meses y le hice un par de largas entrevistas. David solía pasar parte del año en París, adonde voy mucho también.

Entiendo que la biografía no le acabó de gustar.

Dijo que el libro estaba bien a pesar de sus reticencias. No estuvo siempre de acuerdo con ciertas cosas que me contaron otros, pero así es con todas las biografías. Porque cuando escribes una biografía estás documentando las opiniones de toda una familia, de toda una comunidad, y esa gente no está nunca cien por cien de acuerdo. Escribir una biografía hace que te conviertas en miembro de esa comunidad. Acabas conociendo a mucha gente. No deja de ser un privilegio.

Me imagino que en otros momentos también puede resultar solitario.

Sí, recuerdo días en el archivo en que me sentí contagiado por la tristeza de los diarios de Sontag. Todas esas dudas, esa ansiedad, esa sensación de pérdida, es difícil que no te acaben afectando. Eso sí, lo bueno de una biografía literaria es que sabes que todo aquello ha terminado por producir una obra brillante. Pero uno se da cuenta del dolor con que se ha producido. Y me animó mucho la idea de introducir la obra de Sontag a una nueva generación de lectores, y entusiasmarles por ella.

En efecto, al leer la biografía tuve la impresión de que está escrita para un público más bien joven.

Lo está. Cuando estaba en Los Ángeles, trabajando en el archivo, me topé con algunos estudiantes de literatura que estaban haciendo su doctorado. Mencioné Sarajevo, las guerras de Yugoslavia y ¡no sabían de qué estaba hablando! No he escrito este libro para la generación de Sontag, aparte de que muchos ya han fallecido y uno no puede escribir para los muertos, sino para la generación que está descubriéndola ahora.

Si pienso en mis propios estudiantes, se me ocurre que su mundo y el de Sontag tienen poco en común. Hay actitudes de Sontag que rechazarían con vehemencia, de la misma forma que rechazan, no sé, a Woody Allen. Los jóvenes norteamericanos de perfil intelectual no son muy tolerantes, que digamos.

Claro. No hay forma de que Sontag hubiera podido sobrevivir en la cultura actual. Hoy hay una exigencia de perfección imposible: a nadie se le permite hacer o decir nada que pueda ser ofensivo. No se permiten deslices. Y, claro, Sontag fue todo menos una santa. Por eso es tan divertida.

Usted la ha criticado por no salir del armario, incluso cuando ese gesto podría haber significado mucho para mucha gente.

La cuestión del armario no es una cuestión que solo afecta a Sontag. Está conectada con toda una revolución en la sociedad. Para mí es importante no criticarla, exactamente,

sino ver lo que esos cambios pueden implicar para la vida de una persona. Justamente para la generación de ahora que tal vez no entienda por qué razón una persona se tendría que esconder.

En el libro, sus opiniones al respecto son muy claras.

Exacto. No creo mucho en la idea de la objetividad. Todos tenemos nuestras opiniones y lo que importa es expresarlas con claridad, exactamente como lo hizo Sontag.

Pero una cosa es ser crítico de una persona biografiada y otra distinta juzgar moralmente a una persona nacida en 1933 con la vara de medir de hoy.

Yo he procurado ser justo en ese sentido. Cuando hablo de los problemas de adicción, por ejemplo, no me interesa juzgar moralmente a nadie sino simplemente describir, señalando cuánto han cambiado las cosas con el tiempo, cuánto más comprendemos hoy de las dinámicas y efectos de la adicción sobre las personas y su entorno. Allí las cuestiones morales es mejor dejarlas fuera. Con respecto a la sexualidad, también, lo que intento dejar claro es que, en términos de historia cultural, no salir del armario en los años 60 no es lo mismo que en los 90. Otro tema que pide una explicación matizada es la política. A muchos norteamericanos hoy les cuesta muchísimo, por ejemplo, comprender cuál fue la atracción que tuvo el comunismo sobre la generación de Sontag.

Después de simpatizar con Cuba y Vietnam del Norte, ella acabó por denunciar el apoyo de la intelectualidad progresista occidental a los regímenes comunistas. Pero en su libro sugiere que, en el fondo, Sontag no estaba muy interesada en la política ni tampoco la entendía muy bien.

Le costaba muchísimo percibir cosas que no fueran estéticas o literarias. Entendió el mundo por el arte, por la representación. Y eso a veces implicó una dificultad para comprender aspectos de la realidad no-literaria que para muchos son muy obvios. Ahora bien, lo que distinguió a Sontag es que, a pesar de algunos puntos ciegos, nunca cejó en su afán por comprenderlo todo. Y además, ese esfuerzo lo realizó con una inteligencia extraordinaria y un enorme caudal de lecturas a cuestas. Su obra es un continuo intento por comprender. A veces acierta; otras, se equivoca. Pero eso, para mí, solo la hace más interesante. Algunos insisten en verla como la mujer más inteligente del mundo. Pero eso es como querer que ella fuera una santa. No es interesante. Sus errores son parte de sus aciertos; es más, la llevan a sus aciertos, y ella nos conlleva a nosotros en su esfuerzo de comprensión. Por eso su vida nos enseña tanto.

Como ser humano, tenía una capacidad asombrosa para negar lo obvio.

¡Y muchas veces acabó saliéndose con la suya! Está claro que Sontag no estaba siempre conectada con la realidad. Pero es algo que les ocurre a muchos grandes pensadores. A veces hay que ignorar el peso de los hechos para darle espacio a la imaginación, no dejarse esclavizar por lo real. Me fascina la gente que no se deja constreñir por los límites que le impone la mayoría de las personas.

Pero “lo real” incluye a otros seres humanos. Su libro nos presenta largas listas de parientes, amantes, amigos afectados por esa falta de conexión con el mundo de Sontag. Fueron muchos los que pagaron el precio de su brillantez.

Así es. Hirió a mucha gente. Al mismo tiempo, conocí a muchas personas a las que Sontag les cambió la vida, para quien fue la influencia más importante de toda la vida, y que la veneran. Como ocurre siempre con ella, la historia es muy compleja.

Cuenta que a muchos amigos les chocaba la forma abusiva en que Susan trataba en público a Annie Leibovitz, su pareja durante los últimos 15 años de su vida. Sin embargo, la propia Leibovitz no se ve como víctima.

Al principio, Annie no quiso hablar conmigo porque creía que yo estaba en el campo de David, el hijo. Pero al final cambió de opinión y acabé pasando un día entero con ella. Es una mujer muy poderosa, muy fuerte, incluso físicamente. Lleva 50 años en la cima de una profesión muy, muy dura. De víctima no tiene un pelo.

Sin embargo, usted comentó en algún momento que, si se hubiera tratado de una pareja heterosexual, tal nivel de abuso habría sido bastante más difícil de digerir.

Es verdad. Si en lugar de Susan Sontag el abusador se hubiera llamado Norman Mailer, Philip Roth o Don DeLillo, otro gallo cantaría.

¿Tanto importa el género de las personas?

Una pareja lesbiana tiene una dinámica diferente de la de una pareja heterosexual. Tal vez me sea obvio porque soy gay y este es un libro sobre otra persona gay. Eso es menos común de lo que se pensaría: todavía no ocurre a menudo que la biografía de una persona homosexual la escriba un autor que también lo es. Entonces para mí esta dinámica me resulta más matizada.

Gracias en parte a sus “Apuntes sobre el *Camp*,” Sontag se convirtió en ícono de la cultura gay. Ella misma –narra usted– se modeló sobre las divas de Hollywood.

Exacto. Su primer modelo no era Thomas Mann u otra figura así. Eran Bette Davis y Joan Crawford. O Greta Garbo, que es la gran figura lesbiana en la generación anterior a la suya. No es casual que Susan se llevara tan bien con los hombres gay. Ella era una diva y a los gays nos fascinan las mujeres desbordadas.

La biografía, entiendo, iba a salir con Farrar, Straus & Giroux, la misma editorial que publica las obras de Sontag. Al final, sin embargo, ha salido con HarperCollins. Una nota del *The New York Times* del año pasado afirma que el cambio se produjo “a mitad de camino” y “por decisión mutua”. Pero los diarios de Arthur Japin, su pareja, parecen contar otra historia, con una cronología diferente. En abril de 2018 apunta que le acaban de decir a usted que la biografía no puede ser crítica de Sontag.

(*Sorpresa.*) ¿Es verdad que Arthur cuenta eso en su diario? Lo leí en su día, pero se me había olvidado por completo.

Si esto ocurrió en abril de 2018, me imagino que el manuscrito ya estaba casi terminado.

De hecho, lo estaba.

El diario de Japin sugiere que el problema que tenía la editorial con el manuscrito era, en primer lugar, comercial; “La biografía”, dice, “tiene por fuerza que fomentar la venta de los libros de Sontag”.

Eso me dijeron, pero el problema no era comercial.

¿Qué pasó?

Mira, en realidad fue todo culpa mía. Nunca debí haber firmado un contrato con Farrar, Straus y Giroux, una editorial tan ligada a Sontag y sus herederos. El conflicto de intereses fue inevitable, por más que garantizaran una independencia total. Al final, tuve la suerte de poder salir del enredo, gracias en parte al cuidado que tuve en la negociación inicial. Fue un gran alivio. Pero no te imaginas el quebradero de cabeza que todo aquello me ha generado.

¿Y qué ocurrió después?

Después ocurrió que gané el Pulitzer.

<https://ctxt.es/es/20200801/Culturas/33164/benjamin-moser-biografia-pulitzer-susan-sontag-vida-y-obra-sebastiaan-faber.htm>